



GUIA DE ESTUDIO

Guía de Estudio
Crisis: Cámara Separatista
Carta del Coordinador académico

Estimados delegados, sean cordialmente bienvenidos a esta primera Edición de AMUN y, en especial, a la crisis histórica (no tan lejana) de las disolución del Imperio Otomano. Mi nombre es Alirio Montero, en esta ocasión, seré el Coordinador Académico de los Comités de Crisis, actualmente curso el 1er año de Derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Carabobo, tengo aproximadamente 5 años participando en Modelos de Naciones Unidas y he pasado por todos los puestos que se puedan ocupar en un modelo, menos protocolo.

Una de las cosas que considero es más importante para afrontar un debate es el deseo en sí mismo de debatir, de compartir ideas y de generar círculos donde la libertad de expresión prime por encima de cualquier ideal o tendencia, los modelos brindan esa oportunidad a personas de todos los estratos para esto, compartir ideas y aprender por medio de la encarnación de puntos de vistas distantes a la opinión propia, por ello esta actividad genera un atractivo sin igual y es tan nutritiva para quienes participamos de ella.

Aunque esta actividad pueda verse como un reto de buenas a primeras, donde se tiene que tener una preparación altamente pulida por un trabajo de delegación y una expectativa académica, la visión más simple que puedo ofrecerles desde mi experiencia es que no solo es lo que entiendes, sabes y conoces sobre un tema, o sobre todo lo que gira en torno a la política, es también el ingenio, la perspicacia y el talento, el talento de defender con convicción una idea, conseguir consensos y llegar a soluciones que aunque no logren resolver un problema que puede que esté a cientos de kilómetros de distancia de ustedes, generan ciudadanos con discernimiento para construir sociedades más empáticas, funcionales y eficientes que generan cambio y bienestar.

Mi consejo, o recomendación, para todo aquel que afronta un modelo por primera vez, es que tome la experiencia como un aprendizaje, por cliché que suene, aplicado a algo que aspiran en la vida. El mejor orador no es quien hace el discurso más elocuente y mejor construido, a veces es quien con pocas palabras transmite sentimientos concretos que conectan con la audiencia que más que un discurso de un ficticio representante, esperan un argumento que rebatir. El cometer errores, fallar, equivocarse, no es sinónimo de fracaso, sino de un éxito paulatino que se construye por medio del aprendizaje, así que cualquier cosa que haga que sean mejores en algo, así sea lo más mínimo, será un beneficio enorme en sus vidas. Sin más nada que decirles, más que desearles suerte, les recomiendo basarse en los principios de cooperación y buena fe entre quienes participen, al final lo más importante de las crisis es no entrar en una crisis personal, gestionen un balance equilibrado entre lo que desean hacer, lo que hacen y lo que negocian. Las crisis siempre serán un comité particularmente complicado, pero para los grandes retos están llamados grandes vencedores.

Carta de la Mesa Directiva

Estimados delegados .

Ante todo presentarme y enviarles un cordial saludo , mi nombre es Juan Marín y soy estudiante de 6to año de Derecho en la Universidad de Carabobo . Genuinamente quiero felicitarlos por asumir este reto , las crisis no son para cualquiera , es un comité donde su dinamismo te obliga a llegar a tus límites como delegado en muchísimos aspectos . Con ello en mente recuerden que en este tipo de comités encuentras ese espacio perfecto dentro de los Modelos de Naciones Unidas donde puedes divertirte mientras te formas , no solo como delegado sino como persona , es por ello que les pido que estos días de debate por sobretodo traten de disfrutarlos al máximo aprovechen cada espacio que el comité les permita para intentarlo no tengan miedo de ello y si se equivocan lo vuelven a intentar porque es la manera más eficiente para seguir evolucionando y potenciando sus habilidades como delegados .

Finalmente no me queda más que desearles el mayor los éxitos a todos y recomendarles que sean resilientes , porque muchas veces la capacidad de una persona no se encuentra en sus habilidades naturales sino que recae en la mentalidad con la cual decidas afrontar cualquier percance en tu vida . Espero que esta crisis esté llena de dinamismo no se limiten . Y recuerden que una de las cuestiones que caracteriza a un buen delegado de crisis es su capacidad de buscar alternativas para resolver de formas poco convencionales los conflictos y se que a través de esto lograran todos los objetivos que se propongan .

Por otra parte , mi nombre es Richard De Jesús , soy licenciado Cum Laude en Estudios Liberales de la Universidad Metropolitana . Mi experiencia en los Modelos de Naciones Unidas se compone por momentos tristes y felices , ambos valorados por igual , pues si algo he aprendido en todas y cada una de las competiciones a las que asistí fue que el MUN es el reflejo de la vida : en ocasiones pensarás que el esfuerzo no vale la pena porque no trae resultados inmediatos , pero tarde o temprano la disciplina hace que avances en comparación a cómo empezaste . Los comités de crisis fueron un despeje para mí de la cotidianidad , siempre he dicho que no estaba ni cerca de ser uno de los más talentosos y preparados , pero me lo disfrutaba tanto que al final era muy difícil sacarme del top . En estos días anhelo que cada uno de ustedes viva el MUN tal y como yo lo viví . que disfruten y se establezcan como meta clara ganar crecimiento , aprendizaje y nuevas amistades . El premio se disfruta muchísimo , pero a la larga disfrutas más al lograr algo tan intangible como la satisfacción de hacer las cosas bien .

Sobre el Comité

1. Historia del Imperio Otomano

Dentro de los volúmenes de los libros de historia, el Imperio Otomano figura como uno de los más grandes y poderosos. Sumergidos en un dominio inaudito de rutas comerciales profundamente lucrativas, un poder militar atemorizante y un territorio amplio que, a su vez, era dirigido por una estructura centralizada capaz de mantener su auge durante siglos. Sin embargo, “no todo lo que brilla es oro”, y no todo el éxito garantiza que en algún punto no exista un gran fracaso, pues lo que empezó como una conquista creciente e implacable, poco a poco colapsó, haciendo que el gran imperio sólo existiese en la memoria de algunos pocos y en las heroicas páginas de historia que aún parecieran tener vigencia en nuestros días.

Sus inicios fueron marcados por Osmán I, quien para el siglo XIII incursionó contra el Imperio bizantino cristiano. De ser el líder de la tribu túrquica nómada de Anatolia, a ser autodeclarado por sí mismo, y reconocido por sus adeptos, como el líder supremo de Asia Menor. Siguiendo su línea, sus sucesores lograron extenderse aún más, llegando, para la época de 1453, a derrotar al Imperio bizantino con la consecución de Constantinopla (conocida a raíz de ello como Estambul). En pleno apogeo, el imperio es presidido por Solimán el Magnífico, avances tecnológicos, arquitectónicos, económicos, aunado a un periodo relativamente de paz, especialmente promovido por una tolerancia religiosa envidiable.



Obra de la conquista de Constantinopla

El punto de inflexión devino posterior al intento fallido de la conquista de Viena en 1683. Aunque ya en la conocida Batalla de Lepanto (1571), la fragilidad militar de un imperio cada vez más deteriorado quedaba expuesta, así como la hegemonía cristiana a través de la Liga Santa, principalmente en el Mar Mediterraneo. Al final, ¿Qué es un imperio sin poder militar y fuerza territorial?

2. Panorama político interno

Si bien es cierto, la debilidad del imperio trató de revertirse a través de las Tanzimat entre 1839 y 1876, en pro de la modernización del Estado, la crisis “final” tan solo unos años después fue inevitable. Así como el imperio se encontraba debilitado, la figura del sultán Abdul Hamid II también lo estaba cada vez más internamente. Para 1876, la propuesta de la monarquía constitucional se hizo latente, lo cual generó notables disidencias y posturas encontradas en torno al mandato constitucional. En ese sentido, el rol protagónico del grupo

los Jóvenes Turcos reformistas se hizo presente a través de la organización de la revolución de 1908. En efecto, las presiones derivaron en la restauración de la Constitución, el respeto a sus preceptos y la instauración del parlamento. La suerte del sultán, un año más tarde, terminó y fue depuesto de sus funciones, sucediéndolo su hermano Mehmed V; ese suceso generó que la figura sultana careciera de poder real o práctico, y se basara netamente en un símbolo icónico para la sociedad otomana. El poder real lo ostentaban los Jóvenes Turcos.



Litografía que celebra la revolución de los Jóvenes Turcos con el eslogan libertad, igualdad y fraternidad

Al tratarse de un imperio, la diversidad territorial tras la conquista generó un problema cada vez más real. Las tensiones salieron a flote por su naturaleza multiétnico y multireligioso. El poder creciente de los Jóvenes Turcos y su perspectiva nacionalista profundizó las diferencias, por consiguiente, grupos minoritarios como los armenios, árabes, albaneses, griegos y búlgaros respondieron exigiendo libertad, autonomía e incluso independencia.

En torno a esas grandes diferencias, las tensiones y las confrontaciones, el rol fundamental del ejército fue clave, que como en todo régimen autoritario se convirtió en un brazo político del poder. Sus represiones a las rebeliones internas separatistas fueron clave, en torno a las minorías. Los Jóvenes Turcos, en gran parte tenían miembros en las instituciones militares, o una gran influencia y respaldo, por ende, la aplicación de reformas en búsqueda de la modernización del ejército, el entrenamiento arduo de oficiales o el desarrollo de estructuras sólidas (principalmente bajo el liderazgo de Enver Pasha) solidificó su papel alrededor del poder, junto a su mayor aliado, el CUP (el Comité de Unión y Progreso, fundado por los Jóvenes Turcos).

¶. Panorama diplomático

El aspecto clave que representa una ventaja para nuestra cámara radica en la inestabilidad notable del imperio. Inestabilidad que se ha extendido incluso en la rama internacional y diplomática, no solo por la pérdida de territorios vitales para un imperio, sino por las crecientes presiones internacionales contra el régimen. Tal vez de allí nazcan nuestros mejores aliados. Y es que la constante competencia expansionista, y las ambiciones

económicas y políticas, cada vez más generaban relaciones inestables entre los grandes gobiernos de la época. Ni Reino Unido, Alemania, Rusia y Francia tuvieron roles pasivos en el conflicto otomano, al contrario, su intervención fue determinante, aunque en ocasiones distinta a la posición que habían tomado en épocas previas.

◦ . Relaciones diplomáticas con Reino Unido

El Reino Unido mantuvo con el Imperio Otomano una relación marcada por la ambigüedad estratégica. Durante gran parte del siglo XIX, actuó como aliado circunstancial del sultanato, guiado por el principio de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, en un intento por contener la expansión rusa y preservar el equilibrio de poder en Europa. Esta alianza se tradujo en acuerdos como el Tratado de Balta Liman (1838), que favoreció el comercio británico mediante la reducción de aranceles y la eliminación de monopolios, y en momentos clave como la Convención de Chipre (1878), donde se buscó estrechar la cooperación frente a la amenaza eslava. Sin embargo, con el cambio de siglo, las prioridades británicas se desplazaron: la consolidación de su presencia en Egipto y el Golfo Pérsico reveló un interés creciente en el control de las rutas marítimas y los recursos energéticos del Medio Oriente. Londres comenzó a percibir con recelo la influencia alemana en Anatolia y Mesopotamia, en especial a través del proyecto del ferrocarril Berlín-Bagdad. Aunque no pretendía necesariamente la desaparición del Imperio Otomano, sí procuró limitar su autonomía efectiva para salvaguardar sus propios intereses coloniales y geoestratégicos.



◦ . Proyecto del ferrocarril Berlín-Bagdad

◦ . Relaciones diplomáticas con Alemania

A inicios del siglo XX, Alemania emergió como el principal aliado del Imperio Otomano, particularmente tras el ascenso del Kaiser Guillermo II y su política de Weltpolitik. Berlín ofreció asistencia militar, técnica y financiera al Sultán y luego al gobierno de los Jóvenes Turcos, con el objetivo de contrarrestar la influencia británica y francesa en la región. Este vínculo culminó en la alianza formal durante la Primera Guerra Mundial, cuando el Imperio Otomano se incorporó a las Potencias Centrales. La relación germano-otomana se basaba en una visión de modernización militar y económica del Imperio, pero también estaba atravesada por intereses estratégicos recíprocos que instrumentalizaban la alianza en función de sus respectivas agendas geopolíticas.

IV. Relaciones diplomáticas con Rusia

Rusia representó una amenaza persistente para la integridad del Imperio Otomano desde el siglo XVIII. Los zares aspiraban a expandirse hacia el sur, obteniendo acceso al Mediterráneo a través de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos. La cuestión de los pueblos eslavos y ortodoxos en los Balcanes, muchos de ellos bajo dominio otomano, fue utilizada por San Petersburgo como justificación para intervenir en la región. Las guerras ruso-otomanas y el respaldo ruso a movimientos nacionalistas en los Balcanes contribuyeron de manera directa a la inestabilidad interna del imperio. No obstante, tras la Revolución Rusa de 1917, la retirada de Rusia de la Primera Guerra Mundial cambió radicalmente el equilibrio de poder, abriendo nuevas oportunidades —y riesgos— para los actores internos y externos en el proceso de disolución otomana.



Alegoría de la victoria de Catalina sobre los turcos (Stefano Torelli, 1772)

V. Relaciones diplomáticas con Francia

Francia mantuvo una relación fluctuante con el Imperio Otomano, oscilando entre la cooperación diplomática y la competencia imperial. Interesada en mantener su influencia en el Levante, especialmente en Siria y Líbano, donde gozaba de un rol protector sobre las comunidades cristianas maronitas. París combinó la presión diplomática con la intervención cultural y económica. Al igual que el Reino Unido, Francia se opuso a la expansión de la influencia alemana en Anatolia. Durante la guerra, formó parte del bloque aliado y se mostró favorable a la partición del Imperio Otomano, en acuerdo con Londres y en el marco de los Acuerdos Sykes-Picot de 1916. El interés francés en preservar su zona de influencia fue un factor clave en el proceso de reorganización posimperial del Medio Oriente.

VI. Pérdida de los balcanes y situación de la guerra Italo-Turca

A inicios del siglo XX, el Imperio Otomano enfrentó una serie de crisis militares y territoriales que marcaron el inicio de su colapso definitivo. Entre ellas, la pérdida de sus dominios balcánicos y la derrota frente a Italia en el norte de África fueron particularmente significativas. Estos conflictos no solo representaron retrocesos militares, sino que también provocaron una crisis de legitimidad interna y aceleraron el proceso de fragmentación imperial, tema central de esta simulación.

Las Guerras de los Balcanes (1912-1913) supusieron la expulsión casi total del Imperio Otomano de Europa. En la Primera Guerra Balcánica, una alianza formada por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro atacó al imperio para liberar a las poblaciones cristianas y dividirse los últimos territorios otomanos en la región. El ejército otomano, debilitado y desorganizado, fue incapaz de sostener la ofensiva y sufrió una derrota decisiva. El Tratado de Londres (1913) oficializó la pérdida de Albania, Macedonia, Kosovo y la mayor parte de Tracia.



Primera Guerra balcánica – 8 de octubre de 1912

En la Segunda Guerra Balcánica, estallada por disputas entre los vencedores, el Imperio Otomano no participó activamente, pero aprovechó la ocasión para recuperar temporalmente Edirne (Adriánópolis) y parte de Tracia oriental. No obstante, esta victoria parcial no alteró el hecho de que los otomanos habían sido desplazados como potencia dominante en los Balcanes. A nivel interno, esta pérdida generó fuertes tensiones sociales: millones de refugiados musulmanes llegaron a Anatolia, aumentando el resentimiento contra las minorías no musulmanas y reforzando posturas nacionalistas tanto en los círculos unionistas como secesionistas.

Paralelamente, el Imperio se vio envuelto en la Guerra Ítalo-Turca (1911-1912), un conflicto que ilustró su debilidad frente a las potencias europeas emergentes. Italia, en su intento por consolidarse como actor colonial, atacó las provincias otomanas de Tripolitania y Cirenaica (actual Libia) con el pretexto de proteger intereses económicos. A pesar de cierta resistencia organizada por oficiales otomanos y milicias locales, el Imperio no pudo sostener un esfuerzo bélico prolongado tan lejos de su núcleo territorial. El conflicto concluyó con el Tratado de Lausana (1912), mediante el cual el Imperio cedió oficialmente el control de Libia a Italia.

Además de la pérdida del norte de África, Italia ocupó militarmente las islas del Dodecaneso, situadas en el mar Egeo, argumentando que se trataba de una medida temporal. Sin embargo, estas islas no fueron devueltas, lo que añadió una nueva dimensión a la pérdida territorial y a las tensiones regionales con Grecia. La guerra con Italia, como las guerras balcánicas, expuso la incapacidad otomana de defender sus territorios y proyectó al Imperio ante la comunidad internacional como un Estado en decadencia.

Enfrentamientos y personajes involucrados

El proceso de disolución del Imperio Otomano no fue únicamente consecuencia de factores externos, como las guerras internacionales o la presión de las potencias europeas; también estuvo marcado por intensos enfrentamientos internos entre facciones políticas, movimientos nacionalistas, minorías étnicas y líderes militares que disputaban el futuro del Estado. Estas tensiones, en muchos casos irreconciliables, sentaron las bases del conflicto entre las posturas unionistas —que aspiraban a preservar y modernizar el imperio— y las secesionistas, que veían en la desintegración una oportunidad para crear nuevos Estados soberanos.

Uno de los principales actores en esta etapa fue el movimiento de los Jóvenes Turcos, representado por el Comité de Unión y Progreso (CUP), que llegó al poder tras la revolución de 1908. Esta facción unionista promovía una centralización autoritaria del poder, reformas militares y un nacionalismo turco que terminó por alienar a muchas de las minorías del imperio. Entre sus líderes más destacados se encuentran Enver Pashá, figura clave en la política militar otomana y defensor de la entrada en la Primera Guerra Mundial; Talaat Pashá, ministro del Interior y luego Gran Visir, asociado con políticas represivas hacia armenios y otras minorías; y Djemal Pashá, gobernador en Siria y responsable de duras políticas en el Levante.

Del lado secesionista, surgieron movimientos nacionalistas armenios, árabes, kurdos, griegos y albaneses, que comenzaron a organizarse con apoyo externo y estructuras propias. Entre los personajes más relevantes destacan Fayçal ibn Husayn, líder árabe que buscó la independencia de las provincias árabes con el respaldo del Reino Unido durante la revuelta árabe, y Boghos Nubar, líder armenio que representó los intereses de su pueblo en negociaciones internacionales. Estos actores defendían la disolución del imperio y la creación de nuevos Estados-nación que reflejaran sus identidades étnicas y culturales.

Los enfrentamientos no solo fueron ideológicos, sino también armados. La represión de los movimientos secesionistas por parte del gobierno central derivó en masacres, desplazamientos forzados y guerras internas. Un caso paradigmático fue el Genocidio Armenio (1915–1917), impulsado por la cúpula unionista bajo la creencia de que los armenios colaboraban con potencias enemigas. Del mismo modo, la Revuelta Árabe (1916–1918), promovida por los hachemíes y apoyada por los británicos, desestabilizó el control otomano sobre Siria, Palestina, Arabia y Mesopotamia. Estas luchas marcaron una profunda fractura dentro del imperio y aceleraron su descomposición.

La confrontación entre unionistas y secesionistas es, por tanto, el núcleo de este comité bicameral. Mientras los primeros —representados por figuras como Enver y Talaat— intentaban mantener el imperio mediante la fuerza y la reforma, los segundos —encarnados por líderes árabes, armenios y balcánicos— buscaban romper con Estambul para establecer nuevas estructuras soberanas. La resolución del conflicto dependerá de la capacidad de negociación, fuerza política y legitimidad que cada actor pueda movilizar en un escenario regional profundamente fragmentado.

10. Situación actual (enero de 1912)

En enero de 1912, el Imperio Otomano se encuentra sumido en una crisis multidimensional: política, territorial, militar y social. A pesar de los intentos de modernización impulsados por el Comité de Unión y Progreso (CUP) desde la Revolución de los Jóvenes Turcos en 1908, el Estado otomano muestra claros signos de debilitamiento estructural. Su aparato militar está sobrecargado, su economía en retroceso, y las tensiones étnicas se han agudizado. El poder central, aunque en manos de los unionistas, se encuentra erosionado por el descontento social, la resistencia de las minorías, y las constantes derrotas en el exterior.

En el frente exterior, el Imperio acaba de firmar el Tratado de Lausana (1912), que pone fin a la Guerra Ítalo-Turca, con la pérdida de las provincias de Tripolitania y Cirenaica (Libia). Italia también ha ocupado las islas del Dodecaneso, que, si bien no han sido oficialmente anexadas, están bajo control italiano. Esta derrota, además de afectar el prestigio del gobierno otomano, ha dejado expuestas sus debilidades militares y diplomáticas ante otras potencias europeas, lo que podría desencadenar nuevas intervenciones.

En los Balcanes, la situación es cada vez más tensa. Serbia, Bulgaria, Montenegro y Grecia han intensificado sus maniobras diplomáticas y militares, preparando lo que será, en los meses siguientes, la Primera Guerra Balcánica. El control otomano en Europa es mínimo: apenas se mantiene en Tracia oriental y la ciudad de Edirne, mientras que el resto del territorio balcánico está bajo amenaza directa. Las provincias europeas del imperio están en ebullición, y la posibilidad de un conflicto regional a gran escala es inminente. Esta situación agrava las divisiones internas entre quienes proponen mantener esos territorios a toda costa (Cámara Unionista) y quienes ven su abandono como inevitable (Cámara Secesionista).

En el plano interno, el Imperio enfrenta un ambiente de creciente represión y polarización. Las elecciones parlamentarias de 1912, que están próximas a celebrarse, han sido precedidas por acusaciones de fraude y violencia política. El CUP, en su intento por mantener el control, ha recurrido a métodos autoritarios, lo que ha generado oposición tanto de partidos conservadores como de sectores reformistas y nacionalistas. Grupos étnicos como armenios, árabes, albaneses y kurdos comienzan a manifestar sus demandas con mayor fuerza, algunos de ellos con apoyo extranjero, lo que pone en jaque la unidad del Estado.

Así, en enero de 1912, el Imperio Otomano se halla en un punto de inflexión histórico. Las fuerzas centrífugas internas y externas lo empujan hacia la fragmentación, mientras que el gobierno intenta mantener una estructura imperial que cada vez se muestra más inviable. Para los delegados del comité de crisis, este es el contexto inmediato que define el escenario: un imperio al borde del colapso, una sociedad profundamente dividida y una región que se prepara para una serie de conflictos que modificarán radicalmente el equilibrio de poder en Medio Oriente y Europa oriental.

Sobre la Temática

11. Origen de los movimientos nacionalista en los Balcanes, el mundo árabe, Armenia y Kurdistán.

El surgimiento de los movimientos nacionalistas dentro del Imperio Otomano fue uno de los factores centrales que condujo a su desintegración. Estos movimientos no fueron homogéneos ni simultáneos, pero compartieron una motivación común: la búsqueda de autonomía o independencia frente a un Estado imperial percibido como opresivo, especialmente tras el giro centralizador impulsado por el Comité de Unión y Progreso. A lo largo del siglo XIX y principios del XX, diversas comunidades étnicas y religiosas comenzaron a articular proyectos políticos basados en principios de identidad nacional, en sintonía con el nacionalismo europeo y los ideales ilustrados.

En los Balcanes, el nacionalismo se manifestó tempranamente y con fuerza. Grecia logró su independencia en 1830, marcando un precedente para otros pueblos cristianos bajo dominio otomano. A lo largo del siglo XIX, movimientos nacionalistas en Serbia, Bulgaria, Rumanía y Montenegro se consolidaron con el respaldo de potencias europeas como Rusia y Austria-Hungría. Estos procesos fueron acompañados de revueltas, guerras y tratados internacionales que forzaron al Imperio a ceder territorio y reconocer nuevas entidades soberanas. La pérdida progresiva de los Balcanes no solo redujo el control territorial del Imperio, sino que minó su legitimidad frente a otros pueblos aún sometidos.

En el mundo árabe, el nacionalismo emergió de forma más tardía, impulsado por una élite ilustrada que buscaba autonomía administrativa, respeto cultural y mayor participación política dentro del Imperio. Las reformas centralistas del Tanzimat (1839-1876), aunque modernizadoras, también uniformaron estructuras de poder, provocando tensiones con las élites locales árabes. A finales del siglo XIX, surgieron sociedades secretas y círculos intelectuales en Beirut, Damasco y El Cairo, que promovían la idea de una identidad árabe común. Estas ideas cristalizaron a principios del siglo XX con figuras como Sharif Hussein de La Meca, quien canalizó estas demandas hacia una revuelta abierta contra el Imperio con el apoyo británico durante la Primera Guerra Mundial.

El nacionalismo armenio tuvo un desarrollo paralelo pero diferenciado. Los armenios, como minoría cristiana dentro de un Estado musulmán, habían experimentado largos períodos de coexistencia, pero también de discriminación. A finales del siglo XIX, la represión de las revueltas armenias por parte del sultán Abdul Hamid II, especialmente las masacres de 1894-1896, radicalizó a sectores armenios, que comenzaron a exigir reformas o autonomía. Organizaciones como el Partido Socialdemócrata Hunchakian y la Federación Revolucionaria Armenia (Dashnaksutun) cobraron protagonismo. La falta de concesiones por parte del gobierno otomano y la creciente represión militar terminaron por consolidar la demanda armenia de separación total, que sería respondida con brutalidad durante los años siguientes.

Por último, el movimiento nacional kurdo se gestó en un contexto complejo. A diferencia de los casos anteriores, el nacionalismo kurdo no fue homogéneo ni tuvo un liderazgo unificado. Los kurdos, divididos en distintas regiones del Imperio (principalmente

Anatolia oriental, Siria, Irak e Irán), mantenían estructuras tribales fuertes y lealtades religiosas diversas. Sin embargo, a medida que otros grupos avanzaban en sus reivindicaciones nacionales, algunos líderes kurdos comenzaron a plantear demandas de autonomía o reconocimiento cultural. Las políticas de asimilación promovidas por el gobierno central otomano, especialmente durante el periodo unionista, reforzaron esta identidad en construcción. Aunque aún fragmentario en 1912, el nacionalismo kurdo se estaba gestando como fuerza emergente en el seno de un imperio debilitado.

En conjunto, estos movimientos nacionalistas fueron alimentados por un contexto global en el que el modelo imperial comenzaba a ser reemplazado por el modelo estatal-nacional. La combinación de represión, promesas incumplidas y demandas étnicas no atendidas por el centro otomano fortaleció las aspiraciones independentistas. Para los delegados del comité, comprender estos orígenes es esencial para evaluar las demandas actuales de los distintos actores involucrados, y decidir si el futuro de la región debe basarse en una estructura imperial reformada o en la aceptación de múltiples soberanías nacionales.

12. Rebeliones previas

Revuelta Árabe

La Revuelta Árabe, aunque estallará formalmente en 1916, tiene sus raíces en el progresivo distanciamiento entre el gobierno otomano y las élites árabes desde fines del siglo XIX. A medida que el Comité de Unión y Progreso adoptó políticas más centralizadoras y turquificadoras, la intelectualidad y nobleza árabe comenzó a movilizarse en favor de un mayor grado de autonomía. Sociedades como Al-Fatat y el Club Árabe de Estambul promovieron la idea de una identidad árabe unificada, alimentada por la marginación política y administrativa que sufrían las provincias árabes. Si bien en 1912 la revuelta aún no ha comenzado formalmente, el descontento ya es evidente y se manifiesta en la creciente distancia entre las regiones árabes (como Siria, el Hiyaz o Mesopotamia) y el centro otomano.

Independencia de Bulgaria

En el caso de Bulgaria, el camino hacia la independencia refleja el patrón de éxito de los movimientos nacionalistas balcánicos frente al debilitado control otomano. Tras siglos de dominación, Bulgaria logró establecer un principado autónomo bajo supervisión internacional en 1878, como resultado del Tratado de San Stefano y posteriormente el Congreso de Berlín, aunque con limitaciones. Sin embargo, el crecimiento del sentimiento nacionalista y la consolidación de un aparato estatal propio llevaron al príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha a proclamar unilateralmente la independencia de Bulgaria en 1908, en paralelo a la revolución de los Jóvenes Turcos. Este acto, aunque no contestado militarmente por el Imperio, marcó un hito en el colapso de su influencia en los Balcanes y alentó a otras comunidades a seguir el mismo camino.

Movimientos en Albania y Macedonia

Los movimientos en Albania se desarrollaron como respuesta tanto a las imposiciones centralistas del CUP como a las amenazas externas de partición por parte de Serbia, Montenegro y Grecia. El nacionalismo albanés, aún en construcción en la primera década del siglo XX, encontró cohesión en torno a la defensa del idioma, la autonomía administrativa y la protección territorial. Las revueltas de 1910 y 1911, así como la de 1912, se convirtieron en una manifestación clara del rechazo al poder otomano. Poco después, en noviembre de 1912, Albania declararía su independencia, aunque aún en enero de ese año, el país se encontraba en plena insurrección. La represión militar otomana no logró sofocar el movimiento, y la falta de una estrategia política inclusiva por parte del gobierno. Por su parte, Macedonia fue un territorio particularmente conflictivo por su diversidad étnica y su valor geopolítico. Durante las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, la región fue escenario de intensas luchas entre búlgaros, griegos, serbios y albaneses, todos con aspiraciones territoriales. Grupos como la Organización Revolucionaria Interna de Macedonia (VMRO) promovieron levantamientos armados, como la revuelta de Ilinden (1903), en busca de autonomía o incorporación a otros Estados balcánicos. El Imperio, incapaz de imponer un control efectivo y acosado por constantes enfrentamientos, terminó perdiendo progresivamente autoridad en la zona. Para 1912, Macedonia estaba en estado de agitación constante, con facciones armadas operando y una inminente amenaza de guerra abierta entre sus vecinos.

12. Causas y objetivos de los movimientos separatistas:

Descontento con el centralismo

El descontento con el centralismo, en particular tras el ascenso del Comité de Unión y Progreso (CUP), es una de las principales motivaciones de los sectores subalternos. Las reformas impulsadas por los unionistas desde 1908 buscaban construir un Estado moderno y eficiente, pero lo hacían bajo una lógica homogeneizadora que erosionaba las formas de autogobierno local. Esta política afectó especialmente a comunidades con fuertes tradiciones regionales, como los árabes, armenios, albaneses y kurdos, que vieron con alarma la eliminación de sus estructuras tradicionales de poder, el control directo desde Estambul y la imposición de una identidad estatal basada en lo turco y lo islámico suní.

Lucha por la autodeterminación

En este contexto, la lucha por la autodeterminación se convirtió en un objetivo compartido por muchos movimientos separatistas, que empezaron a replantear su relación con el Estado otomano no desde el marco reformista, sino desde una lógica de emancipación nacional. Inspirados por el éxito de las independencias balcánicas y por ideologías nacionalistas importadas de Europa, numerosos grupos comenzaron a imaginar proyectos de nación propios, basados en criterios lingüísticos, históricos o religiosos. Esta lucha tomó diversas formas: desde revueltas armadas hasta declaraciones de independencia, pasando por campañas diplomáticas o prensa nacionalista.

Oppresión económica, política y cultural de los grupos periféricos

Otra causa fundamental de las tensiones separatistas fue la opresión económica, política y cultural sufrida por los pueblos no turcos del imperio. Las políticas fiscales del gobierno central solían favorecer a las provincias más cercanas a Anatolia, mientras que las regiones periféricas —como el Levante árabe, el Kurdistán o el Cáucaso armenio— eran explotadas sin una inversión equivalente en infraestructura, educación o servicios públicos. Además, las minorías religiosas y lingüísticas sufrían discriminación sistemática en el acceso a cargos públicos y representación política. Culturalmente, la imposición del idioma turco en la administración y la educación, así como el rechazo a las expresiones identitarias locales, generaron una fuerte resistencia.

18. Estructura de los Movimientos Separatistas

Balcanes

En los Balcanes, los movimientos separatistas se distinguieron por un alto grado de desarrollo político y militar. Estados como Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro no solo apoyaban activamente a grupos insurgentes dentro del imperio, sino que también financiaban y dirigían milicias o las bandas "guerrilleras" serbias, conocidas como chetniks. Estas organizaciones tienen jerarquías claras, células armadas, estructuras de inteligencia y conexiones con diásporas en Europa. En muchos casos, actuaban como brazos armados de los gobiernos balcánicos, y su objetivo era liberar territorios considerados parte de sus respectivas "naciones históricas". Esta articulación político-militar las hacía altamente eficaces y peligrosas para la estabilidad imperial.

Mundo Árabe

En el mundo árabe, la estructura de los movimientos separatistas era más fragmentada, aunque no menos significativa. Si bien el nacionalismo árabe se encontraba en una fase temprana de articulación política, ya existían círculos intelectuales, sociedades secretas y redes de comunicación (especialmente en Beirut, El Cairo y Damasco) que promovían la idea de una unidad árabe frente al dominio otomano. Organizaciones como Al-Fatat y la Liga Árabe de la Península sirvieron como núcleos de coordinación entre jóvenes oficiales, intelectuales, religiosos y notables tribales. Aunque no tenían aún una estructura militar organizada, sí contaban con estrategias de movilización cultural y diplomática, y mantenían contacto con actores externos, particularmente con el Reino Unido, que se mostraba interesado en debilitar el control otomano en la región.

Armenios

En el caso armenio, la estructura separatista estaba compuesta principalmente por partidos revolucionarios con brazo armado, siendo los más destacados el Partido Socialdemócrata Hunchakian y la Federación Revolucionaria Armenia (Dashnaktsutiun). Estas organizaciones combinaban una base ideológica nacionalista y socialista con una organización militar de guerrilla, que operaba especialmente en Anatolia oriental y el Cáucaso. Tenían congresos, comités regionales, prensa clandestina y milicias entrenadas. Además, mantenían vínculos con la diáspora armenia, que les proporcionaba financiamiento.

y respaldo político en Europa y Rusia. Su estructura les permitía resistir la represión otomana y coordinar levantamientos de forma más eficaz que otras minorías.

Kurdo

El movimiento kurdo, por su parte, tenía una estructura más descentralizada y tribal. A diferencia de los otros casos, el nacionalismo kurdo en 1912 se encontraba aún en una fase de formación ideológica y política. Las revueltas kurdas eran lideradas, en su mayoría, por jefes tribales o líderes religiosos, que actuaban de forma autónoma según sus intereses locales. No existía una organización nacional kurda unificada, aunque comenzaban a surgir círculos intelectuales y publicaciones que promovían una identidad kurda diferenciada. Esta fragmentación dificultaba una estrategia común, pero también hacía más impredecibles las revueltas, que solían combinar demandas políticas con resistencias a la fiscalidad y al control central otomano.

10. Poderes y Funciones de los Separatistas

Hacia 1912, los movimientos separatistas dentro del Imperio Otomano han evolucionado más allá de simples rebeliones armadas, consolidándose como estructuras protoestatales con capacidad creciente para ejercer autoridad sobre territorios y poblaciones. Estos grupos no solo desafían al poder central, sino que han comenzado a reemplazarlo mediante formas propias de gobierno local, administración civil y control del orden público. En regiones como los Balcanes, Anatolia oriental y el mundo árabe, los separatistas gestionan directamente zonas donde la presencia otomana ha desaparecido o se ha vuelto simbólica. Allí, se organizan sistemas rudimentarios de justicia, recaudación de impuestos y seguridad local. Esta capacidad de gestión, aunque limitada, les permite ganar legitimidad social y establecer una autoridad alternativa al Estado imperial.

Muchos de estos movimientos también han comenzado a ejercer una función diplomática activa, buscando el reconocimiento o apoyo de potencias extranjeras como Rusia, el Reino Unido o Francia. A través de emisarios, alianzas informales o contactos secretos, los líderes separatistas intentan posicionarse como actores legítimos en un escenario internacional donde la caída del Imperio Otomano parece cada vez más posible.

En paralelo, han desarrollado mecanismos de movilización cultural y nacional, difundiendo ideas de autodeterminación a través de prensa, literatura, símbolos nacionales y redes educativas propias. Estas estrategias les han permitido construir una identidad colectiva que refuerza el sentido de pertenencia frente a la autoridad otomana, debilitando aún más la cohesión imperial.

11. Fragmentación del Imperio Otomano y descentralización en la lucha contra el imperio.

El Imperio que alguna vez fue una vasta y cohesionada entidad, experimenta un proceso continuo de fragmentación caracterizado por la erosión progresiva de la autoridad central de Estambul. Simultáneamente, surge una marcada descentralización en la lucha

contra el Imperio, lo que significa que la resistencia no se organiza de manera unificada. Esta descentralización no es una política intencional, sino una consecuencia directa del inmenso tamaño del imperio, sus debilidades estructurales internas como la ineficacia administrativa, la corrupción y la resistencia a la modernización, y la creciente presión externa de las potencias europeas. En este contexto, la lucha contra el dominio otomano se manifiesta como una serie de levantamientos y movimientos separatistas heterogéneos, cada uno con sus propias agendas, liderazgos y métodos. Estos grupos a menudo operan de forma independiente o incluso compiten entre sí, reflejando la profunda diversidad étnica, religiosa y cultural de los territorios otomanos y la incapacidad del centro imperial para mantener un control efectivo y una cohesión ideológica

la formación y cohesión ideológica más que observar.

que padecen.

ideologías fundamentales que articulan nuestra identidad y nuestros objetivos. Estas no son solo meras ideas: son conjuntos de creencias esenciales, profundamente arraigadas en nuestras narrativas históricas, nuestra lengua, nuestra cultura y, a menudo, nuestra fe. Son estas convicciones las que legitiman nuestras aspiraciones independentistas y definen con claridad la identidad nacional que buscamos afirmar. Para nosotros, la formulación de estos principios es absolutamente crucial. Nos permite movilizar a nuestra gente, justificar nuestra secesión de un imperio multiétnico que ya no nos representa, y establecer las bases ideológicas sobre las cuales estamos construyendo nuestras futuras naciones-estado. Estos principios delinean nuestros valores fundamentales, las estructuras sociales que deseamos y las formas de gobierno que esperamos instaurar, conformando la esencia misma de nuestro propósito.

Aunque somos diversos en nuestra geografía y cultura, como movimientos separatistas dentro de lo que fue el Imperio Otomano, compartimos un conjunto de objetivos fundamentales que guían cada una de nuestras acciones. Primeramente, siempre se ha de tener en mente nuestra meta la cual es la obtención de la soberanía política completa y el establecimiento de un estado-nación independiente. Esto significa la erradicación del control otomano y la creación de una entidad política autónoma que pueda gobernarse a sí misma, legislar y gestionar todos sus asuntos internos sin injerencia alguna de fuera. Es el fin de la dominación imperial.

Sin embargo, recordar un objetivo igualmente importante es la afirmación y promoción de nuestra identidad nacional y cultural propia. Buscamos el reconocimiento y la revitalización de nuestra lengua, nuestra religión, nuestras costumbres y nuestras tradiciones que sentimos han sido marginadas o incluso amenazadas bajo el dominio otomano. Los nuevos estados que estamos forjando aspiran a ser los custodios y promotores de nuestra herencia cultural única. Además, aspiramos a controlar nuestros propios recursos económicos y territoriales. Esto es vital para poder fomentar el desarrollo y la prosperidad de nuestra nación, asegurando que los beneficios reviertan directamente en nuestro pueblo, en lugar de servir a los intereses imperiales.

IV. Regiones claves bajo dominio separatista, estatus actual.

- **Balcanes:** Serbia, Bulgaria y Rumanía son reinos independientes desde 1878, obteniendo así una autonomía significativa décadas antes. Montenegro también es independiente. Sin embargo, el Imperio Otomano aún conserva territorios importantes como Macedonia, Albania y partes de Tracia, donde las poblaciones locales tienen fuertes aspiraciones de autonomía o unión con sus respectivos estados-nación. El estatus actual es de una región con numerosos estados ya independizados y otros territorios otomanos en ebullición por su inminente liberación.
- **Árabes:** la autoridad central de Estambul por parte de los Otomanos ya es considerablemente débil en muchas de estas áreas. En la Península Arabiga, líderes locales y tribus tienen una autonomía de facto significativa, y el control otomano es más nominal que real en regiones como el Nejd. Aunque los sentimientos nacionalistas árabes, aún no se han traducido en movimientos de independencia masivos como en los Balcanes, están gestándose entre intelectuales y élites locales, influenciados por ideas de autodeterminación y la arabidad. **Armenia:** En este caso particular el territorio se encuentra dividido entre el Imperio Otomano y el Imperio Ruso. Donde aquellos bajo dominio otomano son una minoría cristiana significativa, pero están sujetos a la autoridad de Estambul.
- Aunque existen partidos políticos armenios que buscan reformas, autonomía y derechos dentro del Imperio Otomano, no tienen un estatus de independencia ni autonomía reconocida y se encuentran en una situación vulnerable. Generando así una tensión entre la población armenia y el gobierno otomano, así como con las poblaciones ayanas, turcas y grecas que viven en el mismo territorio.
- **Rusia:** se posiciona como el principal patrocinador de los pueblos eslavos y ortodoxos en los Balcanes. Su influencia es palpable, naciones como Serbia y Bulgaria y sus dependencias kurdo-estonias son un ejemplo predominante. Considera sus aspiraciones territoriales y estructurales tribales y poblaciones báslavas dentro del Imperio Otomano. Si bien la motivación de esta claramente es doble, por un lado, un sentimiento existen revueltas y líderes tribales que ocasionalmente se levantan contra la paneslava y ortodoxo que le otorga una justificación moral y cultural para su intervención; por otro, una ambición geopolítica inquebrantable de asegurar su acceso a las estratégicas estrechas de los Dardanelos y el Bósforo, vitales para la proyección de su flota del Mar Negro en el Mediterráneo. Este apoyo ruso se materializa en respaldo diplomático, asesoramiento

militar y, en ocasiones, financiación encubierta o abierta a los movimientos nacionalistas balcánicos.

- Gran Bretaña y Francia: Están extremadamente atentas a la desintegración otomana.

Sus principales intereses radican en la protección de rutas comerciales vitales hacia sus imperios coloniales en Asia y en la seguridad de las emergentes reservas petroleras en el Medio Oriente. En este momento, aún valoran hasta cierto punto la integridad territorial otomana como un freno a la expansión de otras

- potencias. No obstante, ya existen contactos exploratorios y promesas tácitas a líderes influyentes, anticipando un colapso inminente que les permita asegurar esferas de influencia y control sobre los territorios árabes post-otomanos.

Austria-Hungría: Para el Imperio Austrohúngaro, vecino directo del Imperio Otomano y él mismo una entidad multiétnica, el nacionalismo eslavo es una amenaza existencial. La expansión de Serbia, respaldada por Rusia, es vista con

19. Enfoque y recomendaciones finales:

Visión académica integral de una crisis político /bélica, preocupación, ya que podría encender las aspiraciones independentistas de las propias poblaciones eslavas dentro de Austria-Hungría. Su objetivo principal es preservar la integridad de su territorio, que desde distintas perspectivas se puede desarrollar. No solo se basa en un acontecimiento histórico, sino en un problema político, económico, territorial, social y estratégico, incluso militar. No solo debe pensarse en revueltas y ataques, sino en todo lo que engloba la consecución de la autonomía de un territorio.

Balcanes.

Crean en todo momento que tienen en Rusia y Serbia un papel histórico de sus representaciones, no es una crisis de observadores, es una crisis de actores (de accionar), deben ser capaces de fomentar la unión entre todos los que, de alguna u otra forma, anhelan la separación del Imperio Otomano. Son ustedes los responsables de la libertad de grupos minoritarios que eran relegados por los Jóvenes Turcos. Sin embargo, no esperamos que el comité se base solo en esos discursos pasionales de independencia, sino que se base en la consecución de objetivos planificados, racionales y estratégicos, adaptados en todo momento al contexto histórico en el que nos encontramos.

Como mesa, queremos ver una cámara que aproveche sus diferencias para juntos luchar por la meta final: derrocar al imperio. Deseamos ver que a partir de nuestras acciones logremos la construcción de nuestra autonomía. Esperamos ver que ustedes sean capaces de destruir al Imperio Otomano para construir las bases de nuevos Estados modernos que perduren en el tiempo. Ciertamente la historia ya está escrita, y en grande rasgos nos

benefician a nosotros, pero aún así aunque el proceso se torne distinto, debemos luchar arduamente para que el resultado sea similar; haber ganado una vez, no necesariamente implica que ganaremos de nuevo, por ende, hay que concentrarnos y prepararnos lo más posible.

Nuestro comité en AMUN no será un escenario de certezas, sino de tensiones vivas, decisiones difíciles y presiones constantes de nosotros para con ustedes. Participar aquí exige mucho más que saber datos, fechas, nombres específicos o simplemente repetir posturas. Lo que marcará la diferencia será su capacidad para dar forma a proyectos políticos auténticos, encarnar personajes con intención, y asumir el riesgo de cambiar el curso de los acontecimientos.

No buscamos figuras rígidas ni discursos predecibles. Esperamos de ustedes flexibilidad táctica, pensamiento crítico y una disposición real a intervenir en un juego de poder que no se detiene, que desafía continuamente y que no tiene garantías. No olviden que incluso detrás del más sólido aparato político late la complejidad humana. En cada decisión que tomen hay miedos, deseos, traiciones y convicciones; en cada una hay un riesgo de perder. Les invitamos a traer esa complejidad al centro del debate. Sean ideólogos, sí, pero también sean prácticos, debatan todo lo posible para que las decisiones que tomen como cámara no se basen solo en ideas abstractas, sesgos y perspectivas. Ahí es donde su representación se vuelve verdadera, y donde la historia cobra sentido.

Esta no es una simple competencia académica, es un escenario donde la posibilidad de ruptura es real. La estabilidad es una narrativa más, y ustedes tienen en sus manos la facultad de cuestionar o consolidarla. Sean disruptivos si hace falta. Sean constructores si es lo que se requiere. Pero por sobre todo, no teman ejercer el poder con audacia, aún en medio del desorden.

Este comité es un terreno fértil donde nacen las nuevas formas de gobierno. Solo aquellos que se atrevan a pensar más allá del molde lograrán dejar huella.

Sin más nada que agregar, recuerden sobre todas las cosas que como su mesa directiva siempre estaremos acá para ustedes. No duden en contactarnos. Estamos ansiosos de lograr nuestro cometido en este comité.

٢٠. Dinámica de Crisis, estructura y requisitos de las directivas y los documentos a emanar.

Un comité de Crisis se diferencia de cualquier comité por su dinámica inusual, carente de formalidades del debate (lo cual no implica la ausencia de la diplomacia y la conducta respetuosa entre delegados), por la falta de un debate estructurado y analítico sobre una sola temática de acontecer internacional. Puede variar, tanto en el tema que se tenga por "crisis", las partes involucradas y el período histórico en el cual se encuentren.

En este caso, un acontecimiento que tiene más de ١٠٠ años de historia permite reevaluar qué ocurrió, las formas en las que se dió a lugar en un primer momento y qué elementos están sujetos a cambio. Acá el debate (llamado también la cámara alta) debe concentrar centralmente el Qué y el Cómo se dará respuesta a una serie de determinadas situaciones que son concernientes a los delegados, al flujo de la historia que encarnan y a quienes dirigen la crisis desde el punto de vista académico. Por ello, las directivas privadas (llamada cámara baja) por su parte complementa ese trabajo público, desarrollando planes privados que vayan (o no) de conformidad con lo que ocurre en la cámara alta.

Es entonces que el comité de crisis se define como un comité multi decisional, tanto de circunstancias públicas y generales que afectan y obligan a la cámara a dar una respuesta concreta, como también todas aquellas decisiones privadas que afectan de manera positiva o negativa (deliberada o inocentemente). Es entonces que la dinámica la fijará la producción documental de los delegados por medio de sus planes públicos, conjuntos y privados, además de su efectividad basada en el contexto, calidad y precisión de sus acciones.

El comité es cambiante, dónde se tendrán constantes actualizaciones sobre los acontecimientos que ocurran, relativos a la crisis y a las partes que la integran. En el caso de una crisis bicameral, como la que será desarrollada en esta primera edición de AMUN ٢٠٢٠, las actualizaciones basadas en algunas de las acciones de una de las cámaras, afecta a la otra en tanto se trate de hechos públicos o que sean determinantes y relevantes para el flujo de la crisis.

El documento ideal por el cual los delegados comunican sus planes y decisiones será por medio de las directivas, las cuales podrán darse de la siguiente forma:

Directivas Públicas (o generales)

Las directivas generales o públicas son el instrumento con el que el comité expresa, de forma colectiva, las grandes líneas de acción ante una crisis, se determina la respuesta oficial a un determinado planteamiento. Deben redactarse con claridad expositiva, describiendo el objetivo compartido (por ejemplo, imponer un cese al fuego, iniciar sanciones o crear una comisión investigadora) y los pasos básicos para alcanzarlo. Antes de presentarlas al pleno, cada directiva debe contar con el respaldo de todos los delegados que participaron en su elaboración (lo que se demuestra con sus firmas) y obtener la aprobación previa de la Mesa Directiva, que se cerciora que esa directiva, tomada como una decisión ejecutiva de

todo el comité, fue emanada y redactada fruto del consenso de un número determinable de delegados.

Una vez validada, se lee ante el comité, se debate y finalmente se somete a votación; si se aprueba, el texto es remitido al Crisis Staff para su ejecución y seguimiento. Además de asuntos estrictamente militares o diplomáticos, las directivas generales pueden incluir propuestas de juicio político, cambios en la rotación de cargos o cualquier mecanismo especial que los delegados acuerden, siempre con el visto bueno de la Mesa y la Coordinación Académica.

- Directivas Privadas (o personales)

Cada delegado, en su calidad de representante de un ministerio u organismo, dispone de directivas personales para gestionar acciones confidenciales: solicitar documentos internos, recabar inteligencia, contactar vía protocolo con funcionarios o emitir órdenes a subordinados. Estas directivas circulan únicamente entre el delegado y el Crisis Staff, sin votación pública ni debate en el pleno. Deben ir firmadas por su autor y seguir el formato establecido por las normas de debate, dispuesta en el reglamento o por determinación del comité evaluador. Su carácter secreto permite al delegado influir en la crisis de manera individual y discreta, articulando información y peticiones específicas que, una vez autorizadas, podrán alterar la dinámica oficial de la simulación, sea por vía de la traición o acciones que operen en contra de los principios del comité.

- Directivas Conjuntas:

Cuando dos o más delegados deciden unir esfuerzos, elaboran una directiva conjunta. Su redacción combina competencias y recursos de las partes involucradas, por ejemplo, una oferta de mediación compartida, un plan combinado de sanciones o una operación militar coordinada. Este, para su ejecución, requiere la firma de todos los proponentes. Como en el caso de las directivas personales, no se votan en el pleno, sino que se remiten directamente al Crisis Staff tras su elaboración y aprobación interna. Los autores de una directiva conjunta asumen la responsabilidad compartida de sus consecuencias, ya que estas medidas, al integrar capacidades de varios representantes, pueden tener un impacto decisivo en el desarrollo de la crisis.

El formato debe contener determinados elementos que deben estar plasmado en la o las páginas de la directiva que se comunique al Crisis Staff. Con respecto a lo no mencionado en el siguiente formato, puede tener anexos visuales o ilustrativos (imágenes, esquemas o mapas) que complementan la narrativa de la directiva. Su forma de redacción puede ser libre, a modo de cuento, carta, directriz u orden que se emite por un alto mandatario, incluso como una correspondencia con la Crisis Staff.

El formato, conjunto con los elementos esenciales son los siguientes:

Encabezado

Debe contener:

- Nombre del Comité/Gabinete.
- Nombre del Personaje/País/Representación, además de especificar su cargo en caso de tener uno asignado o relevante para la crisis.
- Fecha de la Directiva.
- Directiva Pública/Conjunta/Privada #1.
- Firma de o los sumitentes.

Contenido de la directiva

En esta parte, debe desarrollarse plenamente la información que se requiere para la realización del plan. Es libre su formato o forma para ser plasmada en la directiva, no requiere seguir un lineamiento específico, pero si tener determinados requisitos existenciales.

Debe contener:

- Título o nombre de la directiva.
- La descripción de un objetivo claro y preciso.
- Un marco procedural organizado (basado en bullet points o textos que se interrelacionan entre sí).
- La respuesta de las WH Questions, o en su defecto las preguntas básicas para la ejecución de un plan.
- Descripción detallada de las fases, etapas y pasos a ejecutar para la concreción del objetivo planteado.
- La utilización de determinados recursos, personas o medios dentro del desarrollo del plan, dónde se indique su aplicación concreta.

Conclusión

Es la parte de la directiva dónde se termina de establecer disposiciones que otorgan claridad al texto redactado up supra. Debe contener:

- Firma, en caso de no estarlo en el encabezado.
- Resumen de los Recursos necesarios para la ejecución de la directiva.
- Síntesis u objetivo, en caso de no tenerlo claramente definido en la parte de desarrollo.
- Información adicional en forma de post data o detalles de ejecución.



၁၁. QARMAS

၁. ¿Es el separatismo una amenaza a la estabilidad del Imperio o una respuesta legítima a la centralización autoritaria? ¿Cómo podemos transmitir como cámara la visión correcta a la población?
၂. ¿Qué reformas o estrategias serían necesarias para garantizar la representación equitativa de todos los pueblos del Imperio durante el conflictos?
၃. ¿Es viable una federación multinacional otomana como alternativa al separatismo? En momentos claves, ¿Estaríamos dispuestos a negociar tales alternativas?
၄. ¿Cuál es el rol del nacionalismo étnico (árabe, armenio, kurdo, griego, albanés) en la desestabilización del orden imperial?
၅. ¿Cómo afecta la política de 'otomanismo' frente al creciente nacionalismo turco a la convivencia interétnica?
၆. ¿Qué impacto han tenido las políticas de 'turquificación' del CUP en las comunidades no turcas?
၇. ¿En qué medida puede ser utilizada las Guerras de los Balcanes (၁၉၁၂) para afectar la viabilidad del Imperio y reforzar las posiciones separatistas?
၈. ¿Quienes podrían ser nuestros aliados clave para lograr presión internacional al orden imperial? ¿Cuáles serían los incentivos para que apoyen nuestro movimiento separatista?
၉. ¿Cómo afecta el control del Comité de Unión y Progreso (CUP) al equilibrio de poder dentro del Imperios? ¿Nuestro enemigo es el CUP o es el status quo del imperio?

၁၂. Matriz de representantes:

- Théophile Delcassé (diplomático francés)
- Milovan Milovanovic (diplomático Serbio)
- Winston Churchill (político y diplomático inglés)
- Franz Conrad von Hötzendorf (militar austrohúngaro)
- Karl von Luxburg (diplomático alemán)
- Lazar Paču (político serbio)
- Georgios Charalambous (diplomático griego)
- Elefthérios Venizélos (líder griego)
- Boghos Nubar (político armenio)
- Krikor Zohrab (activista armenio)
- Husayn ibn Ali (jerife de la Meca)
- Fáysal ibn Husáyn (líder árabe)
- Ali bin Hussein (líder árabe)
- Auda abu Tayi (jefe tribal beduino y comandante militar)
- Nasib al-Bakri (Líder Sirio)
- Sultan al-Atrash (Líder Druso)
- Salih al-Ali (Líder de la Resistencia Siria)
- Rashid Rida (Reformista Sirio)
- Izzedin al-Qassam (Predicador Palestino)
- Sa'id Pasha al-Mufti (Líder Nacionalista Jordano)